



Utopía y realidad en el microcosmos de los espacios públicos de los conjuntos históricos. Estructura espacial, usos y dimensiones simbólicas

Antonio García García, Dpto. Geografía, Historia y Filosofía, Universidad Pablo de Olavide

Los espacios públicos de los tejidos históricos son parte esencial de un microcosmos complejo de organizaciones espaciales, socioeconómicas, políticas, culturales y simbólicas. Sin embargo, las transformaciones de estas tramas en los últimos decenios han modificado y simplificado las lógicas que las han caracterizado secularmente. Este texto pretende plantear la urgencia de una reflexión en torno al sistema de espacios públicos en el ámbito de la ciudad histórica, dirigida a recuperar la ligazón entre sus dimensiones físicas, ciudadanas y simbólicas en el marco de las propias necesidades de reequilibrio de la ciudad histórica actual.

Utopia and reality in the public spaces microcosm of the historical plots. Spatial structure, uses and symbolic dimensions

The public spaces of historical plots are an essential part in the complex microcosm of the spatial, socioeconomic, political, cultural and symbolic organizations. However, the transformation of these plots in the last decades has modified and simplified the logics that used to be characteristic for centuries. This text is intended to propose the urgency of reflecting on the public spaces system in the historical city field, aimed to recover the linking between its physical, civic and symbolic dimensions within the framework of the own necessities of rebalance of the current historical city.

Toda ciudad es un sistema o, mejor dicho, un conjunto de sistemas que se retroalimentan. En términos ecológicos se habla de la ciudad como sistema heterotrófico, con una relación desequilibrada entre inputs y outputs de energía que genera tanto una importante huella ecológica, como una notable entropía (TERRADES, 2001). De la misma forma, ampliando este concepto, se puede considerar una dimensión social paralela a este sistema, definida por los flujos de personas generados a partir del atractivo y las oportunidades laborales y culturales que se han ligado históricamente a la ciudad, sobre todo a partir del siglo XIX. Estas personas son portadoras de distintas tradiciones culturales que se mezclan y reinterpretan en la ciudad; a veces con resultados positivos, otras no tanto.

En este sentido, son muchos los autores que apuestan por una perspectiva amplia de los indicadores de las dinámicas de la ciudad y de conceptos específicos como la sostenibilidad urbana, incluyendo, junto a la eficiencia en el consumo de recursos y la reducción de la polución, otros aspectos ligados a necesidades humanas como la sociabilidad, el bienestar, la identidad, la diversidad de estímulos; en definitiva, el sentido del lugar (CARMONA et ál., 2003).

Dentro de este sistema urbano aparece un referente fundamental tanto en el plano físico como en el inmaterial: el espacio público. Éste es parte indisoluble de la idea secular de ciudad, porque ha permitido que respire, que cuente con lugares de intercambio en su más amplio sentido (comercial, social, cultural, político,...), que se pueda ver y sentir y, en consecuencia, que se genere conocimiento geográfico, no como hecho meramente urbanístico, sino como hecho urbano en su complejidad.

Los espacios públicos conforman pues un sistema elemental para el desarrollo armónico de una ciudad. Así, aunque hoy día no siempre son considerados como tales, tienen un papel fundamental en cada una de las escalas en la que un núcleo urbano desarrolla sus funciones, fundamentalmente inframunicipal, municipal y metropolitana en su caso (HERNÁNDEZ AJA, 2001; GARCÍA, 2005). En este sentido, en relación con las posibilidades de ordenación y gestión del espacio público, Jordi Borja comenta: “el espacio público te permite pensar la ciudad en estas tres dimensiones, porque la ciudad histórica preindustrial existe y tenemos que ver qué papel juega en el futuro. La ciudad industrial metropolitana, con sus periferias, o sus suburbios, existe y tenemos que ver cómo resolvemos los planes del pasado, pero también planteando apuestas de futuro, por ejemplo, nuevas centralida-

des. Y la ciudad región existe y tenemos que hacerla de alguna manera” (BORJA, 2003: 108).

En la dimensión más inmediata los espacios públicos forman un microcosmos en el que se hace explícita la relación entre el hombre y el medio urbano. Por su tamaño y configuración, las calles, plazas, paseos o jardines son espacios adecuados para la articulación y cohesión del tejido urbano, social y simbólico, desde el nivel municipal al barrio, tanto en el tejido histórico como en el de expansión urbana (DEWITTE, 1987; AYMONIO, 1995). Se establecen de este modo sólidas razones fenomenológicas que no deben ser entendidas desde una posición determinista, sino desde la posibilidad de actuación y gestión sobre los desequilibrios. Un concepto central para cualquier sistema a partir del cual se pueden plantear algunas preguntas: ¿Es posible dicho equilibrio? ¿Ha existido alguna vez? ¿Qué importancia tiene lo cualitativo en todo esto?

Un sistema cualitativo basado en el uso

Todo sistema debería tender en lo posible a un hipotético equilibrio. En el caso del sistema de espacios públicos esto pasa por la conjugación de las funciones que le dan sentido pleno. Es decir, un equilibrio espacial, que se puede entender en términos de cobertura y accesibilidad; un equilibrio funcional, aprehensible desde la idea de diversidad y complementariedad de usos y funciones; y un equilibrio social, plasmado en la integración y en la generación de sociabilidad. El resultado apriorístico de todo ello sería un sistema de espacios libres que no sólo tenga capacidad de articular la trama urbana, sino que también sea susceptible de generar identidad y un uso dinámico.

Ahora bien, en un contexto de países industrializados en el que la dialéctica entre la vitalidad y la crisis de los espacios públicos es constante y variable, resulta improbable un resurgimiento espontáneo y generalizado de la vida pública; cuanto menos si la entendemos desde conceptos tradicionales. Es por ello que adquiere especial relevancia la gestión del sistema de espacios públicos. Gestión en el plano *macroescalar*, que lo trate como conjunto y pueda favorecer su equilibrio espacial y funcional, y gestión y programación en el plano *microescalar*, que favorezca el equilibrio entre las posibilidades de cada espacio libre y las necesidades del mayor y más diverso número de usuarios (GARCÍA, 2006).

Lo perentorio de estas estrategias de ordenación y gestión generará además un nuevo factor de incertidumbre

para la armonía como sistema de los espacios públicos de una ciudad. Así pues, una gestión que sea incapaz de generar las bases para la recuperación de su protagonismo como estructura urbana y como espacio de sociabilidad resultará ineficiente. Igualmente costosa para el equilibrio entre necesidades y resultados del sistema será una gestión incapaz de canalizar los procesos ciudadanos y los usos singulares y espontáneos. Jan Gehl (1991) utiliza una metáfora muy ilustrativa a través de los niños. De una parte, la facilidad con la que estos varían de juego, creando usos diferentes a aquellos por los que se reunieron en principio, nos muestra la oportunidad de que se generen funciones, relaciones y control colectivo en los espacios urbanos motivados por la oferta de contenidos que ejerzan como atractivo primero. De otra, el hecho de que en la elección de sus espacios de juego los niños antepongan la diversidad de situaciones que acontecen en él frente a otros criterios pone de evidencia que una gestión del espacio público que no integre lo espacial, lo funcional y lo social puede resultar improductiva.

Es por ello que resulta muy importante que cualquier proceso de puesta en valor de los espacios públicos de una ciudad se sitúe en un marco de discusión teórica compleja, capaz de comprender que cualquier trama urbana es el producto de la interacción entre su carácter de “manufactura” y de “construcción social”. Esto supone reconocer que la consolidación del sistema de espacios públicos y la adecuación de sus contenidos tiene un valor social, al mismo tiempo que estas intervenciones se cualifican y se connotan por el propio uso ciudadano (PORTA, 2002).

Por lo tanto, una aproximación compleja puede ofrecer una visión más rica y dinámica de la ciudad y sus espacios públicos. A este respecto, proyectarlos con calidad y contenidos dirigidos a la animación resulta *per se* interesante, pero lo será aún más si se incluyen estrategias que faciliten el reconocimiento y el control colectivo de los distintos espacios, entendidos como lugar de uso, prácticas culturales y representaciones sociales (SEGOVIA; DASCAL, 2000; HERZBERGER, 1991).

Esto lleva a la necesaria consideración de tres aspectos clave: la diversidad de los espacios públicos, el carácter de los mismos como sistema complementario y la importancia de lo local para su desarrollo. En relación con los dos primeros es preciso tener en cuenta que el espacio público de la ciudad es un sistema territorial y por lo tanto conformado por nodos y redes; pero también un sistema complejo por su papel en los aspectos más elementales



Murales testigo de la estrategia de promoción turístico-cultural en Asilah, Marruecos.
Foto: Antonio García

del desarrollo ciudadano. Así pues, por una parte es precisa su regulación e interconexión, tanto en sí mismo como con otros sistemas relativos a los equipamientos, transportes, etcétera. Por otra, la consideración de las particularidades cualitativas de los espacios públicos frente a los equipamientos, a partir de las cuales resulta insuficiente el planteamiento de la accesibilidad a los distintos componentes del sistema y adquiere una mayor relevancia el criterio de la complementariedad entre las escalas de significación y las funciones de los mismos.

En este punto adquiere valor el discurso de la diversidad como criterio de calidad de vida, en tanto que no todos los espacios públicos tienen que tener el mismo tamaño, las mismas funciones o una morfología similar. La ciudad necesita de pulmones verdes tanto como de espacios de contemplación, lugares ajetreteados u otros (SEMINARIO, 2001; HOUGH, 1998; COOPER-MARCUS; FRANCIS, 1990). Asimismo, el planteamiento de la diferencia es extrapolable a los usuarios del espacio público y a los motivos e inquietudes de los mismos. Como consecuencia, unas propuestas avanzadas de gestión y puesta en valor de los espacios ciudadanos deberían posicionarse en tres parámetros: a quiénes están dirigidos, dónde se desarrollan y qué se

pretende conseguir. Cuestiones estas que serán constantes tanto para la planificación territorial del sistema, como para la programación de sus contenidos o la definición de las estrategias de participación en cada caso, requiriendo no sólo un conocimiento de los contextos territoriales y sociales, sino una capacidad de plantear ideas renovadas y originales.

La tercera clave, concerniente a la importancia de lo local, enlaza lo anterior con la importancia de las particularidades de ámbito territorial y de cada espacio urbano. Es tan diferente la ciudad del mundo rural, como posiblemente lo sean los centros de las periferias. Precisamente por ello, si bien el objetivo genérico en una ciudad es la dinamización de su conjunto de espacios públicos, cabe realizar un acercamiento complejo a cada una las piezas que la componen. En el caso de este texto a los tejidos históricos.

La relevancia de las tramas históricas

Las tramas históricas son un ámbito peculiar, sea en lo tangible por su configuración secular, abigarrada y que integra formas de crecimiento orgánicas y planificadas, o en lo intangible por su reconocimiento social o simbólico, que determina unos usos particulares, tanto por la ciudadanía local como por el visitante foráneo. En este marco, si bien el espacio público es una necesidad ciudadana para todo el conjunto de la ciudad, merece la pena prestar una atención especial a dichas tramas dado su carácter ejemplificador.

Sean o no reconocidas como conjuntos históricos, las tramas históricas suelen ser de forma general un cúmulo de situaciones y actores que alberga tópicos, dinámicas identitarias, funciones variadas y escenarios diversos. Su devenir secular y la mayor o menor fortuna con la que se hayan insertado en los procesos de expansión y redefinición urbana son claves a la hora de que hayan mantenido su carácter central, sufran problemas de gentrificación o, por el contrario, de depresión socioeconómica. No obstante, en realidad, y nuestro cercano ámbito mediterráneo lo demuestra fidedignamente, es imposible una lectura lineal de esta trama porque de forma yuxtapuesta o solapada suelen aparecer todas estas dimensiones.

Los espacios públicos convencionales aquí tienen, en principio y por naturaleza, un carácter integrador no sólo de la dimensión física, sino también de las dimensiones

funcionales, perceptivas, identitarias y sociales que las caracterizan. En este sentido, se pueden resaltar algunas claves que justifican su especial relevancia.

Junto a los espacios singulares de sociabilidad o de representación política, como puedan ser la plaza mayor ibérica, las alamedas de Europa y Latinoamérica o la medina islámica, los tejidos históricos se caracterizan por una amplia red de intersticios, algunos de ellos de muy reducidas dimensiones, que si bien no polarizan las funciones recreativas y medioambientales de los grandes espacios municipales, sí son imprescindibles por sus funciones de organización y articulación urbanística, por su papel ecológico y por la sociabilidad que animan y soportan. Se podría decir que históricamente ha existido una jerarquía en el sistema de espacios libres de la ciudad, desde los espacios centrales de representación del poder civil o eclesial, a otros espacios más locales ligados a los accesos a la ciudad, el mercado o la organización gremial de los barrios. Una jerarquía que se fragmenta, sobre todo en relación con estos últimos, en la medida que cambian los usos y las formas de organización de la ciudad, por lo que precisan, no de una restitución, sino de una redefinición de sus funciones y contenidos.

Los espacios públicos en estos ámbitos desarrollan una relación dual respecto al espacio privado: físicamente ambos espacios suelen estar bien delimitados, pero funcional y simbólicamente interactúan de forma sutil. A este respecto, es frecuente la relación simbiótica entre algunos espacios tradicionales con edificios singulares como iglesias, palacios o edificios administrativos, con los que llegan a compartir toponimia (FORD, 2000; AA.VV., 1997; AUGÉ, 1992; GEHL, 1991). Ahora bien, esta relación es mucho más amplia que la establecida con los hitos del paisaje, de modo que el potencial de los espacios públicos en las tramas históricas es simétrico al respeto por los escenarios urbanos de calidad y más si cabe al mantenimiento de la multiplicidad de funciones que este entorno alberga, integrando residencia, comercio, política, ocio, patrimonio, etc., y en definitiva, centralidad urbana.

La pervivencia de la centralidad de muchas tramas históricas, unida al redescubrimiento de las mismas o de algunas de sus partes, que en decenios anteriores la habían perdido en favor de una degradación física y socioeconómica, está adquiriendo una dimensión contemporánea en la era de los “post-ismos”, donde la ciudad “post-moderna” está aunando el mantenimiento de movimientos centrífugos, metropolitanos y *rururba-*



Módena (Italia), entorno de la Piazza Grande. Foto: Antonio García

nos, propios de la ciudad dispersa, con otros movimientos centrípetos que valoran la ciudad tradicional, compacta y multifuncional. Una tendencia ésta que está afectando no sólo al plano de la investigación, sino también a la planificación y gestión de los espacios históricos y al propio plano inmobiliario, con un creciente interés en los centros históricos. No obstante, este proceso no está exento de conflictos. Conflictos que son parte esencial de la propia historia de las tramas urbanas tradicionales y de su redefinición secular. Así, esta centralidad a menudo se ha traducido, por el propio devenir reciente de la ciudad histórica o por la ordenación y gestión de la misma, en una zonificación de sus funciones y en la correspondiente simplificación de la multidimensionalidad del uso de los espacios públicos. Asimismo, ha propiciado no sólo la aparición de espacios de competencia, como centros comerciales cerrados y abiertos, que están adquiriendo el papel de los espacios públicos en un contexto urbano caracterizado por la movilidad privada, los nuevos valores sociales y políticos y las menos explícitas jerarquías de poder (STEVAN, 1999), sino también la difusión de los llamados *placelessness* (RELPH, 1976) en tanto se pierden significados mientras se generan espacios o paisajes urbanos homogéneos y estandarizados (AREFI, 2004; CARMONA et ál., 2003).

Esto ocurre tanto en el extremo de los espacios históricos degradados por falta de atención y que están perdiendo su simbolismo, como en el del resultado teatral de la rehabilitación de centros históricos siguiendo criterios cosméticos o simplificando sus valores seculares. En cualquiera de los dos casos se pierden imágenes fundantes de la ciudad (GARCÍA et ál., 2008).

La tradición de la vida pública en la ciudad histórica. Utopía y realidad

No es descabellado afirmar que los espacios públicos de los tejidos históricos han albergado usos e intensidades de animación urbana difícilmente reconocibles en la actualidad. Ahora bien, si como se ha dicho con anterioridad, la naturaleza cualitativa y diversa de los espacios públicos los connota como espacios necesariamente aprehensibles en cada escala territorial, cada pieza urbana, cada contexto socio-económico o cada momento histórico, la observación de cada trama histórica en concreto será fundamental para poder profundizar en sus capacidades como espacios de ciudadanía. No obstante, se pueden identificar algunas cuestiones generales que serán clave no sólo para comprender la tradición de la vida pública en la ciudad histórica,

1



3



5



4





De la ciudad
no amo a los que dicen
que quieren regresar
la ciudad se hizo para hablar
el mar para callar

Silvia Tomasa Rivera. "La ciudad"

1. Actividad Pública. Londres
 2. Concierto en la vía pública. Londres
 3. Concierto de música clásica al aire libre. Chicago
 4. Actividad pública. Londres
 5. Turistas. Londres
 6. Patinando con música en Central Park. New York
- Fotos: Manuel García



sino también para referenciar el debate sobre la misma en la ciudad actual.

La cuestión primera sería si el espacio público ha sido en algún momento realmente abierto, accesible y utilizable de forma equitativa para todos los actores de la ciudad. Algunas posturas que se podrían denominar como “románticas” lo afirmarían. Sin embargo, las relaciones de visibilidad e invisibilidad en los espacios comunes han sido constantes, incluso en los espacios públicos históricamente más emblemáticos, lo cual está directamente relacionado con los códigos sociales imperantes en cada momento y lugar (JACKSON, 1998; LEES, 1998). Por ejemplo, el ágora helenística o el foro romano, entendidos a menudo como la quintaesencia del uso y del intercambio de ideas, pero en los que la dialéctica surge en tanto existen colectivos no considerados como ciudadanos de derecho que se convierten en invisibles en estos espacios. Del mismo modo, como plantea Jackson: “varios grupos sociales –los ancianos y los jóvenes, mujeres y miembros de minorías sexuales– han sido, en diferentes momentos y lugares, excluidos de los espacios públicos u objetos de censura política o moral” (JACKSON, 1998: 176).

El cuestionamiento de la vida pública secular sienta, en segundo lugar, las bases del debate sobre la situación contemporánea de la misma. En este sentido, en cierta sintonía con estas visiones románticas y alimentadas por los efectos derivados de los modelos territoriales y urbanos dominantes surgen interpretaciones pesimistas en relación con el menoscabo de la esfera pública (SENNETT, 1974). Trasladado al espacio público esto se traduce en su crisis como lugar de sociabilidad, la tendencia a su domesticación y control o su suplantación por nuevos espacios *urbanoideos* (FYFE, 2004; GOLDBERGER, 1996; SORKIN, 1992).

Frente a ello, otros puntos de vista más optimistas definen una metamorfosis de los canales y los actores, incluso de los espacios de vida en la ciudad. Así, en la línea de la redefinición de las visibilidades y las invisibilidades, se propugna la capacidad de la vida urbana de sobrevivir a los cambios sociales, económicos y territoriales acontecidos en los últimos decenios de la ciudad, perdiendo algunas funciones a la par que se difunden otras nuevas (GOSS, 1996, en LEES, 1998).

Entre estas dos posturas se puede encontrar una perspectiva intermedia, posiblemente menos impactante pero más fidedigna con la realidad de la ciudad en general y con sus tramas históricas en concreto. Así, y sobre todo

en estas últimas, se aprecia una merma de la variedad de funciones que asumen los espacios públicos y, principalmente, una separación de las mismas como consecuencia de la zonificación de los usos económicos, residenciales, turísticos o simbólicos de los centros históricos. Una simplificación que tiene un especial impacto en la esencia política y cotidiana de la vida pública, pero no tanto en el uso genérico de la ciudad, toda vez que éste se readapta en un marco sociocultural en el cual el mercado (de productos, pero también de símbolos, de cultura u otros) se convierte en una forma de ocio y relación. Se generan pues usos nuevos que conviven sin excesivas estridencias, a priori, con el uso más cotidiano de las tramas históricas, así como con el mantenimiento de su representatividad como ámbitos de la fiesta o de las reivindicaciones colectivas. Ahora bien, esta coyuntura se caracteriza especialmente por la velocidad de los cambios funcionales y de la variación de los motivos y lugares de representación de los usos y usuarios, haciendo peliaguda su identificación y categorización.

La tercera gran cuestión relativa a la vida pública hace referencia a los matices entre la resiliencia y la resistencia de la misma. Resiliencia entendida como capacidad de adaptación, intrínsecamente ligada a la redefinición de las funciones del espacio público y de los modos de relación, en y con el mismo. Y resistencia, cuando los intentos de control de aquello que acontece en calles, plazas, parques o cualquier otro lugar de libre uso ponen dificultades a la generación de vida más o menos espontánea. En este sentido, frente a las estrategias de control, la capacidad contestataria y subversiva de la ciudadanía es una cuestión primordial y de gran efectividad (LEES, 1998).

El papel del sistema de espacios públicos en los conjuntos históricos del siglo XXI

Una hipótesis elemental sobre este enunciado acabaría por ser casi una tautología. El papel del sistema de espacios públicos en las tramas históricas del siglo XXI, estén o no declaradas dentro de alguna figura de protección, será el que se promueva desde la gestión pública, el que la población reclame en el desarrollo de sus capacidades ciudadanas y el resultante de la adaptación a las dinámicas genéricas que afecten a estos ámbitos.

No obstante, son precisas algunas puntualizaciones que ayuden a plantear alternativas a la situación actual de los centros históricos, propia de la ciudad postmoderna y

donde el espacio público parece quedar relegado a un papel escenográfico, característico de las intervenciones arquitectónicas formalistas y las políticas de marketing urbano; o bien a ser un espacio donde se hace patente el conflicto entre los intereses de los vecinos tradicionales y los nuevos, sobre todo en aquellos casos en los que los procesos de gentrificación resultan más impactantes para el tejido socioeconómico local.

El principal reto de futuro resultará del modo en el que se redefina el equilibrio del espacio público de los tejidos históricos respecto a sus dinámicas recientes. Como se ha expuesto al inicio de este texto, este equilibrio tiene que atender necesariamente a sus dimensiones espaciales, funcionales y sociales; dimensiones primordiales a la hora de desarrollar de forma compleja los potenciales de los espacios públicos.

Para ello, es muy importante que sea efectivo el paso, no sólo en el plano de la investigación sino también en el de la gestión urbana, de una concepción clásica, donde la dimensión pública se identifica con uno o varios espacios singulares y especialmente significativos, a una visión integral, más apropiada en un contexto cultural de

relaciones sociales intencionadas o inevitables que se difunden por toda la trama urbana (LÓPEZ, 2000). Ahora bien, los espacios singulares por su ubicación, sus funciones y/o su simbolismo tienen un papel central en el mantenimiento y vertebración de este sistema.

En el plano netamente urbanístico, la amplia red de intersticios que suele caracterizar a las tramas históricas, sobre todo en aquellas ciudades en las que la organización secular se ha visto parcialmente afectada por procesos de reforma interior, tiene un valor implícito como testigo de estos distintos modos de organización física y social de la ciudad. Un valor que se mantendrá en tanto se sea cuidadoso con la autenticidad de la morfología y de la toponimia de los espacios públicos. Por ello, tiene sentido el debate arquitectónico de los últimos decenios sobre la idoneidad de los materiales y de los elementos compositivos, no sólo en los ámbitos monumentales, sino también de los significados históricos sobre los que se sustentan las intervenciones en entornos menos exigentes en este sentido (POL, 1998). No obstante, no menos importante son los potenciales identitarios o didácticos derivados de la particular naturaleza de estos espacios públicos y, en relación con ello, la idoneidad del



Plaza Nueva, Sevilla. Foto: Antonio García



Arte público junto a la iglesia de Saint Eustache, en Les Halles, París.
Foto: Antonio García



Cloud Gate. Millennium Park, Chicago. Foto: Manuel García



Warm winter. Foto: Enrique Ibáñez (www.flickr.com/photos/mallo/)



Plaza de Mina, Cádiz. Foto: Antonio García



Mercado dominical en Londres (Londonbridge). Foto: John Mason. Fuente: Flickr

cuidado de la escena urbana o de ampliar los contenidos de las placas informativas a estos casos y no sólo a los hitos monumentales.

Ahora bien, siendo indisoluble lo físico de lo funcional, incluso de lo perceptivo, es fundamental que los valores estructurales se refrenden en la ordenación de un sistema de espacios libres, extenso y equilibrado. Para ello, es interesante la habilitación de continuos peatonales o de baja intensidad de tráfico, pero sobre todo la existencia del mayor número posible de espacios atractivos para el uso y el reconocimiento. Eso sí, en ningún caso esto debería ser sinónimo de unidad morfológica o funcional, o de reglajes simplistas de las actividades que pueden asumir cada uno de ellos. Es decir, debe darse el respeto a la diversidad, la autenticidad y la complementariedad de funciones ya referidas.

Este planteamiento se convierte además, en el caso de los tejidos históricos y a la vista de los cambios territoriales, culturales y económicos de los últimos decenios, en un factor ineludible a la hora de redefinir su dimensión social. Así pues, si las lecturas simples de estos tejidos urbanos han tenido como consecuencia la zonificación y

simplificación de sus funciones, resultan perentorias lecturas más complejas a la hora de redefinir el papel de los espacios públicos en contextos de ciudad histórica.

Primero, entendiendo que la esencia de la vida pública en los tejidos históricos se encuentra en el solapamiento de funciones y dimensiones simbólicas. Así pues, leer desde las lógicas de mercado o del urbanismo-espectáculo a los que fueran antaño espacios de sociabilidad y de identidad acaba por cercenar sus posibilidades. Frente a ello, la gestión de la ciudad debe asumir como enriquecedor que los espacios públicos puedan compatibilizar sus papeles simbólicos y turísticos, con otros usos como los comerciales o el desarrollo de la animación cotidiana. Eso sí, para ello no sólo son precisas las miradas complejas en la gestión del espacio público, sino de los centros históricos en general.

Segundo, asumiendo y favoreciendo la capacidad de albergar nuevos usos por parte de los espacios públicos tradicionales y que éstos se integren con las funciones que en la actualidad puedan mantener. En este sentido, propuestas que comienzan a reproducirse con cierta asiduidad como facilitar acceso inalámbrico a inter-



Programa de cine al aire libre en París. Foto: Antonio García



Mercadillo Cultural del Pumarejo (Sevilla). Foto: Martín Javier Fernández

net en algunas plazas suponen una actualización de sus capacidades como nodos en los que obtener información y conocimiento. Asimismo, hay muchas posibilidades en la dinamización del espacio público de los tejidos históricos como espacio lúdico, didáctico, escénico, expositivo, etc. Pero la generación de nuevas funciones debe superar la reproducción de iniciativas más o menos exitosas como estas e incluir grandes dosis de originalidad en la comprensión de la idiosincrasia de cada caso, de las funciones y características de sus entornos privados, o de la limitación o no que determinados entornos monumentales plantean de cara a la programación de contenidos. Así pues, la revisión de la propia concepción de los espacios públicos y de su relación no sólo con equipamientos, sino también con espacios y actividades privadas, podrá ser una oportunidad muy interesante. A menudo, los segundos quedan relegados a usos de restauración y similares, pero también cabe repensar el papel de otros comercios estrechamente ligados al papel central de los tejidos históricos. Por ejemplo, el caso del comercio del libro, que por su propia naturaleza ofrece una buena oportunidad de interacción y dinamización de los espacios libres inmediatos (GARCÍA, 2005), similar a la de espa-

cios públicos de facto como museos, bibliotecas, salas de exposiciones u otros.

En otras ocasiones, no se trata claramente de la propuesta de nuevos usos, sino de un reajuste de otros ya asumidos por cada trama histórica. Un buen ejemplo de esto son los mercados callejeros, sean de alimentos o de otros productos, que se pueden ajustar perfectamente a las dinámicas de la ciudad histórica del siglo XXI y al mantenimiento de su carácter de ámbitos centrales, simbólicos y multidimensionales. No obstante, en algunas ciudades en las que estos mercados efímeros muestran carencias efectivas de orden, control de productos o atractivo visual, no se ha entendido suficientemente que la opción más interesante en términos de animación urbana es la mejora cualitativa de éstos y no su erradicación. Una situación similar a la de los mercados de abastos de toda trama tradicional. La desaparición de ejemplos seculares como el mercado dominical de animales en la plaza de la Alfalfa en Sevilla o el de la Alameda de Hércules en esta misma ciudad son buen ejemplo de ello. Por el contrario, otros ejemplos como el mercado de San Lorenzo en Florencia, los kioscos de libros en la orilla del Sena en



Honey stall at the Farmer's Market, Ferry Building (California). Foto: Phil Whitehouse

París o cualquiera de los mercados semanales de alimentos en Londres ponen de manifiesto el atractivo que mantienen estos usos. En esta línea, las experiencias de *farmers markets* en Estados Unidos ponen en evidencia el atractivo dual de estos usos: como espacios de integración social y como vehículo para la subsistencia de un pequeño comercio local.

En tercer lugar, y directamente relacionado con todo lo anterior, urge tomar conciencia de que la animación que hace vibrante a una trama urbana es difícilmente conseguible a través de medidas de control coercitivas o de la limitación de los usos. A lo sumo así se logran espacios-museo. Frente a ello es mucho más interesante el control colectivo que se deriva del propio uso de los espacios públicos. Y es por eso que resulta imprescindible el solapamiento de usos y funciones, incluyendo las consolidadas y recuperando o promoviendo otras. Además, teniendo en cuenta que no sólo cambian las necesidades y demandas de uso y relación a partir de la aparición de vecinos nuevos en estas tramas, sino también porque puedan cambiar las del vecindario local tradicional. Como plantea Jacobs: “cuando las calles de una ciudad ofrecen interés, la ciudad entera ofrece

interés; cuando presentan un aspecto triste, toda la ciudad parece triste” (JACOBS, 1967: 33).

Para concluir

El devenir de los tejidos urbanos históricos y los cambios territoriales, sociales y económicos que éste ha conllevado no sólo transforman el paisaje urbano, sino también las lógicas de animación de los mismos. Esto ha acabado por redefinir y compartimentar la relación entre la geografía física y social de los mismos, llegando a afectar en general a las características más elementales de sus espacios libres, a su nivel de mantenimiento, sus contenidos y sus usos de referencia. De esta forma, el análisis cualitativo de la red de espacios públicos de un centro histórico podrá conseguir una radiografía bastante certera de los usos predominantes en sus entornos, del tipo de vecindario y, en muchos casos, de la vocación que se favorece desde la gestión municipal. No obstante, esto tiene sentido en tanto no se considere una situación coyuntural, sino que el conocimiento de las particularidades de cada caso sirva, como información de base, para la propuesta de estrategias que tengan por objetivo la reconquista de la

diversidad en los espacios públicos de la ciudad histórica. Por lo tanto, revertir la tendencia instalada en muchas ciudades a acotar claramente en el espacio determinados usos, usuarios o representaciones simbólicas.

Como cierre, cabe hacer una última puntualización. Aunque los tejidos históricos conformen en sí mismos un microcosmos de representaciones, funciones y contradicciones, a la hora de dinamizar o recuperar sus espacios públicos en cualquiera de las vertientes de la con-

cepción sistémica que se ha planteado a lo largo del texto (espacial, funcional, social, identitaria,...) se pone de manifiesto la necesidad de no caer en visiones reduccionistas de la ciudad histórica, y de no realizar interpretaciones estrictas de categorías de protección ya consolidadas como la de conjuntos históricos, porque más allá de su delimitación zonal y normativa, se insertan en el resto de la ciudad. De la misma forma, su sistema de espacios públicos también tiene un papel muy importante más allá de estos límites y viceversa.

Bibliografía

AA.VV. (1997) *Imagen urbana en ciudades turísticas con patrimonio histórico. Manual de protección y mejoramiento*. México D. F.: Secretaría de Turismo, 1997

AREFI, M. (2004) The pedagogy of the American city: revisiting the concepts of place, non-place, and placelessness. *Urban Design International*, v. 9, n° 3, 2004, pp. 103-118

AUGÉ, M. (1992) *Los "no lugares", espacios del anonimato. Una antropología de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1992

AYMONIO, C. (1995) *Piazze d'Italia*. Milano: Electa, 1995

BORJA, J.; MUXI, Z. (2003) *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Electa, 2003

CARMONA, M.; HEATH, T.; OC, T.; TIESDELL, S. (2003) *Public places, urban spaces. The dimensions of urban design*. Oxford: Architectural Press, 2003

COOPER-MARCUS, C.; FRANCIS, C. (ed.) (1990) *People Places. Design Guidelines for Urban Open Space*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold, 1990

DEWITTE, J. (1987) Elogio de la place. En AAVV. *La ville inquiète*. Paris: Gallimard, 1987

FYFE, N. (2004) Zero Tolerance, Maximum Surveillance? Deviance, difference and crime control in the late modern city. En LEES, L. (ed.) *The Emancipatory City? Paradoxes and Possibilities*. Londres: Sage, 2004, pp. 41-56

GARCÍA GARCÍA, A. (2005) Il sistema degli spazi aperti pubblici di Siviglia: dalla pianificazione alla gestione. *Rivista Ricerche per la progettazione del paesaggio*, n° 4, 2005, pp. 4-19

GARCÍA GARCÍA, A. (2005) Aspetti localizzati del commercio dei libri e la sua relazione con lo

spazio pubblico della città. En BUCCOLIERI, C. (coord.) *Spazialità commerciali nuove. Evoluzione dello spazio e degli arredi nel progetto di architettura per il commercio di libri*. Florencia: Edifir, 2005, pp. 161-164

GARCÍA GARCÍA, A. (2006) *Vitalidad y crisis en los espacios públicos de Sevilla*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 2006

GARCÍA, A.; DELGADO BUJALANCE, B.; OJEDA RIVERA, J. (2007) Paisajes simbólicos de la ciudad de Sevilla. *ERÍA. Revista cuatrimestral de Geografía*, n° 73-74, 2007, pp. 291-310

GEHL, J. (1991) *Vita in città. Spazio urbano e relazioni sociali*. Rimini: Maggioli, 1991

GOLDBERGER, P. (1996) The rise of the private city. En VITULLO, J. (ed.) *Breaking away: the future of cities*. Nueva York: The Twentieth Century Fund, 1996

HERNÁNDEZ AJA, A. (dir.) (2001) *La ciudad de los ciudadanos*. Madrid: Ministerio de Fomento, 2001

HERZBERGER, H. (2000) The Public Realm (from *Architecture and Urbanism*, 1991). En MILES, M.; HALL, T.; BORDER, I. *The city cultures reader*. Londres: Routledge, 2000

HOUGH, M. (1998) *Naturaleza y ciudad. Planificación urbana y procesos ecológicos*. Barcelona: Gustavo Gili, 1998

JACOBS, J. (1967) *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Peninsula, 1967

JACKSON, P. (1998) Domesticating the street. The contested spaces of the high street and the mall. En FYFE, N. *Images of the street. Planning, identity and control in public space*. Londres: Routledge, 1998

LEES, L. (1998) Urban renaissance and the street. Spaces of control and contestation. En FYFE, N. *Images of the street. Planning, identity*

and control in public space. Londres: Routledge, 1998

LÓPEZ DE LUCIO, R. (2000) El espacio público en la ciudad europea: entre la crisis y las iniciativas de recuperación. *Revista de Occidente*, n° 230-231, 2000, pp. 104-121

POL, F. (1998) La recuperación de los centros históricos: los debates abiertos. En GARCÍA MARCHANTE, J. S.; TROITIÑO VINUESA, M. A. *Vivir las ciudades históricas: recuperación integrada y dinámica funcional*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1998

PORTA, S. (2002) *Dancing Streets. Scena pubblica e vita sociale*. Milán: Unicopli, 2002

RELPH, E. (1976) *Place and placelessness*. Londres: Pion, 1976

SEGOVIA, O.; DASCAL, G. (ed.) (2000) *Espacio público, participación y ciudadanía*. Santiago de Chile: Sur, 2000

SENNETT, R. (1974) *The Fall of Public Man*. Nueva York: W.W. Norton & Company, 1974

SEMINARIO internacional de ciudades históricas iberoamericanas (Toledo, 2001). Consejo Internacional de Monumentos y Sitios -Icomos, 2001

SORKIN, M. (ed.) (2002) *The variations on a theme park: the new American city and the end of public space*. Nueva York: Hill and Wang, 2002

STEVAN, C. (1999) Los espacios públicos en el tiempo de la globalización. En CAPUTO, P. *La arquitectura del espacio público. Formas del pasado, formas del presente*. Sevilla: Triennale di Milano, Junta de Andalucía, 1999, pp. 64-66

TERRADES, J. (2001) *Ecología urbana*. Barcelona: Rubes, 2001